

II

PHTAH MANSOUR

¿Cómo había podido salir Divina la loca de la Corte de los milagros luego de substraerse por segunda vez á la vigilancia de Almizcle y de Tafouilleux?

La cosa no fué muy difícil para ella, por dos razones; la primera, porque desde el acto de energía de su coesre, la truhanería hallábase como agitada por una fiebre producida por fermentos de insubordinación; y la segunda porque Divina, como todos los maniacos, dábale maña para burlar, por distintos procederes, la vigilancia de sus guardianes.

Impulsada por su manía maternal, dirigióse sin equivocarse hacia Belleville y llegó al lago luminoso á la caída de la tarde, poco más ó menos á la hora misma en que Salem Kebir parlamentaba en la calle del Gallo con los sitiadores de su morada.

Phtah Mansour la esperaba.

— Por fin llegaste, condesa, — le dijo. — Mucho has tardado.

— ¿Crees que he tardado? — preguntó la loca. — Después de todo, mi tardanza importa poco. Vengo á buscar lo que me has prometido.

— ¿El raptor de tu hijo?

— Sí, — rugió Divina, — del niño.

— ¿Quieres verlo?

— Lo que quiero es que me lo entregues... ¡Oh, dámelo!

— En ese caso, sígueme.

Tomó Phtah la mano de la mujer reverenciada por los hampones, y haciéndola dar la vuelta al lago la condujo hasta una pendiente que descendía á las escarpas del castillo. En la parte baja del sendero, y emergiendo del agua del foso, veíase ancho listón de piedra atravesado por una cruz de hierro.

Ambas mujeres subieron en él.

Phtah lo puso en movimiento, pues el listón de piedra no era ni más ni menos que una balsa dispuesta de modo á engañar á los extraños, como los dos brazos de la cruz, al parecer de hierro, eran sencillamente dos remos.

Habiéndose detenido la piedra flotante bajo la enorme boca de una atarjea que servía para la evacuación de las aguas del patio interior, Phtah abrió la reja de la misma y las dos mujeres penetraron por tal sitio en el castillo de Chaumont.

Precedidas de un bohemio portador de una linterna á quien encontraron al paso, subieron y bajaron dife-

rentes escaleras, atravesaron salas en las que había muchos hombres de mala catadura ocupados en jugar á los dados, discurrieron por galerías en cuyos muros rezumaba la humedad, y llegaron por fin á una especie de celda en la que por todo mobiliario veíase una miserable yacija.

— He aquí tu cuarto, condesa; — dijo la dueña del castillo introduciendo á su acompañanta. — Ahora voy á buscar...

— ¿Al ladrón del niño? — preguntó la loca cuyos ojos se animaron.

— Sí, al ladrón de tu hijo... Ten un poco de paciencia.

Divina se dejó caer en el camastro, sin formular objeción alguna. Ni siquiera se dió cuenta de que la encerraban, precaución por cierto bien inútil, pues en todo pensaba la pobre menos en escaparse.

La loca, en efecto, ni se fijó en las personas que encontrara durante el camino recorrido, viviendo, como siempre, su sueño, y pensando tan sólo en la prometida venganza.

Y era el caso que Phtah Mansour no sabía cómo proporcionarle la tal venganza.

En realidad, la mala mujer habíase apoderado de la loca con el único objeto de poseer un nuevo instrumento capaz de hacer sufrir y de dar la muerte. Su naturaleza pérfida y su carácter vengativo colaboraban desde algún tiempo antes, desde algunos años antes, mejor dicho, en una obra colosal en la que los espantosos proyectos emparejaban con las grandes esperanzas

Para satisfacción de su amor propio había decidido el completo aniquilamiento de dos familias. Obras suyas eran, mucho más que de la casualidad, las desgracias de los Villanueva-Marsan y la aventura terrible de los Armañacs.

Y sin embargo, aún no estaba satisfecha.

¿A qué nueva víctima destinaba ella á Divina, de quien hacía un arma nueva inventada por su genio diabólico? ¿Sería acaso al gran marqués? No, sin duda, puesto que lo creía muerto, por habérselo así asegurado Pedro Mirot. ¿A la marquesa María tal vez, ó á su hija Solange? Quizás á ambas, y aun á otras personas.

Por el momento la gipsia se encontraba en la situación del insensato que habiendo encendido la mecha para volar una mina, duda entre ponerla á la derecha ó á la izquierda ante la imposibilidad de hacerla estallar por ambos lados al mismo tiempo. Los acontecimientos debían inspirarle una resolución definitiva; pero armado el mecanismo con la captura de la loca, veíase en la necesidad de precipitar esos acontecimientos.

Luego de dejar á Divina bajo llave, recorrió la egipcia nuevas galerías subterráneas, y llegada que fué ante una puerta maciza, despidió á su porta-linterna diciéndole:

— Es preciso que Ismael ponga doble guardia en las puertas. La escalera del roble hueco puede quedar sin centinela; pero los demás puestos deben ser vigilados. Desde lo alto de la torre he visto arder la casa de Salem-Kebir, y sé demasiado que cada vez que arde la casa de ese hermano traidor, la noche es mala para nosotros.

También deberá preparar Ismael la tempestad fingida y el arpa eólica, para alejar de estos contornos los pasantes y los curiosos. Tú, encárgate de traer á mi presencia á la hija de Pedro Mirot. Ya lo oyes.

El gitano se alejó corriendo. Cuando lo hubo visto desaparecer, Phtah abrió la puerta, deteniéndose en el umbral.

Era aquella una sala hexagonal que ofrecía el más extraño aspecto. El centro de la misma, con su mesa de mármol, sus asientos bajos, sus almohadones, tapices, urnas y pebeteros, parecía formar parte de un tocador con el cual hubiera podido darse por satisfecha la hija de un Faraón; en cambio todo el lado derecho tenía aspecto de laboratorio de buscador de quinta esencia, y en él advertíase el conjunto de instrumentos que ya vimos por primera vez en la casa de la calle de las Viejas Estufas.

Por el contrario, el lado izquierdo dividíase en dos compartimientos: el primero sala de armas y de reposo, y el segundo cámara cilíndrica compuesta de planchas metálicas empernadas y dispuestas en forma de ancha torre de metal, á la que solo era posible el acceso por una puerta á prensa estopa horadada en su base. Varias máquinas, cuyo empleo era difícil adivinar, pesaban por todas partes sobre las planchas metálicas atravesadas por tuberías de cobre.

Cuatro lámparas, provistas de reflector, alumbraban el extraño templo, iluminando el mosaico del pavimento y proyectando violenta luz sobre un telón metálico que ocultaba el techo.

Dichas lámparas — y esto constituía una notable particularidad — eran de luz invertida, teniendo cada una de ellas un á modo de sombrero guarnecido de tubos aductores en amianto, cuya extremidad superior iba á perderse bajo el delantal de la chimenea.

Apresurémonos á decir que esta sala no era otra que la habitación situada bajo el lago, y que los tubos de que hablamos terminaban en el tallo de la gigantesca flor cuyo extraño perfume debía intrigar tanto á Sed de Amor.

Un gentilhomme vestido con arreglo á la última moda adoptada en la corte de Francia hallábase sentado junto á la mesa, los codos apoyados en el mármol y la cabeza hundida entre las manos, como si durmiese.

La egipcia lo contempló desde el umbral, con gesto despreciativo.

— Desolado siempre, — murmuró, — siempre quejumbroso y desobediente á mis órdenes. Algo hace, pero contra su voluntad. Obedece, sí, pero cuando ha agotado todos los medios de conciliación. Es blando de carácter, y sentimental... ¡Y es mi hijo! ¡Ah, cuán poco se parece á su hermano!

Avanzó algunos pasos, hasta poner su mano sobre el hombro del durmiente. Levantó este entonces la cabeza, mostrando su rostro, que era el mismo de Bernardo de Arma, el mismo del duque Rolando de Saboya-Nemours. Y sin embargo, aquel hombre no era Rolando, como tampoco era Bernardo. Distinguíase este último por la belleza del valor indiferente al peligro, como Rolando

por la belleza del ángel caído. El tercer menecmo, aun cuando muy parecido á los otros dos, diferenciábase de ellos por ciertas particularidades de carácter, y por otra física, constituida por una cicatriz que no hemos podido ver hasta ahora en la frente de ninguno de los dos adversarios del Prado de los Clérigos.

— Madre, — dijo abriendo con terror los ojos, — os suplico que tengáis compasión de mí.

Como ya hemos dicho, Phtah no iba vestida de cingara. Llevaba el rico y coruscante traje de ceremonia de los soberanos de la ciudad de las cien puertas.

Un *kalosiris* de tela de oro, calada y constelada de rosetones en pedrería, acusaba sus formas, dejando al descubierto el seno marmóreo. Tobillos y muñecas aparecían adornados con brazaletes, y su talle ceñido por una serpiente diamantina.

En la cabellera de ébano, finamente trenzada, drapeábase armoniosamente el *klaft* de franjas bicolors que sirve de tocado á todas las esfinges, el cual á su vez sostenía el regio joyel de oro verde en forma de buitre ó de flor de loto invertida, y terminando en la frente por una víbora, símbolo del mando, que recibe el nombre de *ureos*.

— ¡Compasión! — repitió con voz sibilante.

— ¿Compasión de qué?

— Del dolor que me causa el papel que me hacéis desempeñar... Yo no puedo con estas luchas traidoras, con esta guerra hipócrita y sin cuartel, para la cual no he nacido...

— ¿Tú?

— Yo, sí; mi sensibilidad reprueba todas las abominaciones, todos los culpables errores en los que vos os complacéis. Soy pacífico por temperamento; los actos de heroísmo ó de bondad obtienen mi preferencia. El horror me invade en presencia del crimen, y sin embargo, todas mis acciones son un tejido de abominaciones, gracias á la influencia que ejercéis sobre mí... Por eso sufro, madre; sufro por verme obligado á esta vida de vergüenzas; sufro atrozmente de mi esclavitud, de la necesidad que me imponéis de cubrirme el rostro con una máscara cuya piel me abrasa como debía abrasar la túnica de Nesus... Libertadme, madre; hacédme la merced de devolverme el físico de bohemio pobre con que me dotó la naturaleza, y aunque debáis maldecirme, abandonarme, renegar de mí, privarme de la vida, os bendeciré mientras me quede un soplo de ella...

Así diciendo tendía sus manos suplicantes hacia la soberbia criatura cuyo seno descubierto movíase con creciente agitación.

Su comprimida impetuosidad estalló de pronto.

— ¡Desgraciado! — gritó. — ¿Cómo te atreves á expresarte de ese modo en presencia mía? ¿Cómo osas manifestar ante tu reina, la cobarde debilidad de tus sentimientos? No; ni puedo, ni quiero tolerar que rebajes mi estirpe soberana. Por muy envilecido que te encuentres, continuarás sirviendo, en la medida que tus medios te lo permitan, el pacto de odio que juraste.

— ¿Yo? ¿Yo he jurado algo?

— Es lo mismo, puesto que fui yo quien en tu

nombre y en el de tu hermano hizo ese juramento. Si; en una época en la que vosotros no erais más que inconscientes criaturas, yo juré sobre vuestras cabezas que no habíamos de descansar, ni vosotros ni yo, hasta haber expulsado de este mundo á los rumís impuros que me hicieron sufrir; hasta haberles matado sus descendientes varones y violado sus hijas, hasta habernos substituído á ellos en sus bienes y en sus honores.

— ¡Oh, madre, madre!

— Calla, Neré. Y puesto que por lo que veo se te antoja culpable el culto de nuestras venganzas, procuraré que cambies de opinión. Me bastará para ello, — por lo menos así lo espero — trazar á grandes rasgos nuestra propia historia.

Fué Phtah á sentarse en un montón de almohadones, y luego de haber hecho sentar junto á ella á su hijo, continuó de este modo :

— Somos nosotros de esencia casi divina. Descendemos de los mamelucos baharitas que durante dos siglos reinaron en Egipto. A la muerte de Hadji-Saleh, vigésimo tercero y último representante masculino de la dinastía, su hija, con el título de reina de la Tebaida, fué desterrada á las ruinas de Karnak. Ese título era hereditario, y transmisible en la familia de mujer en mujer. Aún no había yo cumplido los quince años cuando tuve que tomar posesión del poder; pero como una convención con los sultanes otomanes obligaba á los nuestros á aceptar un esposo de manos del potentado de Constantinopla antes de recibir la investidura, y yo había ya amado, me vi desposeída. Fué entonces

cuando acompañada de Mansour, mi esposo, de nuestros parientes y de nuestros servidores, pasamos el mar. La tribu errante de Phtah quedaba condenada á trabajar para vivir. Para regresar á nuestros dominios era preciso que se cumpliera la condición que con tal objeto impusiera el sultán. « Que Phtah tenga una hija — había dicho — y esa hija podrá reinar ».

Necesitaba pues una hija. Pero es el caso que mi esposo Mansour no parecía reunir las cualidades necesarias para perpetuar la especie; érame pues preciso ver cómo resolvía esta dificultad... sacrificándome en caso necesario. Durante dos años erramos por Europa. Por fortuna para mí y para nosotros todos, yo poseía á fondo el arte de las gipsias, y afortunadamente también nuestros bohemios ignoraban los escrúpulos y sabían apropiarse, con engaños ó por la fuerza, lo que la gente no consentía en darles de buen grado, porque bueno es que sepas que en todas partes nos trataban como parias, que nos rechazaban, arrojándonos de campos y poblados como si fuéramos animales dañinos. Y á todo esto yo seguía estéril. Entonces resolví intentar una comparación, esperando para hacerlo á encontrar un hombre que hablase á mi corazón y á mis sentidos, no sin prevenir á Mansour, reprochándole su incapacidad. Mi esposo me debía obediencia y se inclinó. Un día, en el país de Gascuña, experimenté la sensación esperada. Fué un gentilhomme de varonil hermosura y de fiera prestanta quien me inspiró una pasión súbita y ardiente.

El conde Jacobo de Armañac me encontró hermosa y

de su gusto, y consintió en hacer de mi su querida. Nuestra dicha duró poco; él se casó, y yo sufrí tanto más de su traición cuanto que la experiencia no había dado aún resultado alguno. Por fortuna velaba la Providencia, y Mansour, á quien yo desdeñara, se reveló como hombre dotado de todas las condiciones requeridas para la paternidad, y fué así cómo al tiempo mismo que la condesa Blanca daba á luz un condesito en su castillo de Astaffort yo, en mi tienda, daba vida á dos gemelos que recibieron los nombres de Landro y Neré; tú, y tu hermano.

Como se me había hecho objeto de un inicuo abandono, claro es que debía vengarme. Para ello hice saber á Jacobo que mi hijo — no le hablé de mis hijos porque dicha misteriosa dualidad podía servir mis proyectos — lo era también suyo, y que el hijo natural sería reconocido, más tarde, como legítimo heredero. Como él ya tenía su hijo, claro, me trató de embustera, calificando de fábula mi profecía. Hizo mal, el orgulloso conde.

— ¡Oh, sí, muy mal! — suspiró el llamado Neré.

Hizo Phtah cabalgar una de sus piernas sobre la otra, exhibiendo un pie breve y calzado con una especie de redcilla de oro que permitía ver la piel ambarina y las uñas teñidas con alheña.

— ¿Verdad que sí? — dijo luego. La prueba de que hizo mal es que su castillo de Astaffort fué incendiado, y que la madre y el niño desaparecieron. Jacobo de Armañac, atribuyendo sus desgracias á posibles venganzas de Catalina de Médicis se reveló contra ella, y

luego se dejó prender como un infeliz. Las galeras de Malta son una tumba de la que no se sale. Pasaron tres años. Antes de morir, Mansour realizó el mayor de mis deseos dándome una hija. El porvenir no podía presentarse pues más risueño. Gracias á vosotros dos me era dado esperar una gran fortuna y honores en occidente, y gracias á vuestra hermana Fátima tenía la certeza de reconquistar mi trono de Karnak. Todo eso era demasiado hermoso para que pudiera realizarse. Un día, día nefasto, al levantar nuestro campo, siempre vagabundos, nos encontramos sin Fátima. ¿Robada? ¿Perdida? ¡Quién es capaz de saberlo! Sea de ello lo que fuere, lo cierto, lo indudable es que me hacía falta una niña para reemplazar á la desaparecida, tanto más cuanto que ya no podía contar con la colaboración de mi esposo fallecido... Mi elección recayó en una familia noble, la de un íntimo amigo del conde Jacobo. El marqués de Villanueva-Marsan tenía dos niñas preciosas, yo necesitaba una de ellas, y procedí con el marqués como procediera con el conde; sino que en vez de un gitano, fué una gitana la que entró como sirvienta en su casa, y pocos días después una de sus hijas, robada por esa mujer, caía en mi poder.

La bohemia se interrumpió un momento, como si la fatigase la evocación de tantos recuerdos. Luego continuó, adoptando otro tono :

— Por entonces vinimos á instalarnos aquí. Landro y tú ibais á cumplir los doce años, y era llegado el momento de comenzar el trabajo de carnoplastia que, alterando la obra de la naturaleza, y dándoos á los veinte

años el mismo semblante que á dicha edad pudiera tener el condesito de Armañac desaparecido, me proporcionaría á mí la riqueza y los honores occidentales de que hablé antes. Con efecto, en posesión de una mascarilla del niño, conseguí formar, crear mejor dicho, otras diez mascarillas de yeso, correspondientes á las diferentes edades comprendidas entre los diez y los veinte años, sin omitir en esa obra detalle alguno, sin dejar en ella la menor colaboración á la casualidad. Hubiera podido limitarme á transformar por la prótesis superficial la cara de Landro, pero me era preciso disponer de alguien que pudiera suplirle en un caso urgente. ¿Y quién mejor que tú, su hermano, para eso? Claro es que operaciones como la de que hablo, no se practican sin sufrimiento para el paciente; y muchas veces, ante la abundancia de las hemorragias, al ver cómo se contraía la dermis y se embridaban los ojos...

— ¡Era espantoso, espantoso! — gimió Neré. — Os habéis mostrado implacable.

— El fin ante todo... Pensaba más en vuestro porvenir que en lo que padecíais.

— ¡Bonito porvenir! De mentiras, de crímenes y de torturas inenarrables, porque esa mascarilla ocasiona un suplicio indecible...

— La mentira, — dijo Phtah — se convertirá en verdad; los crímenes serán reputados como acciones de justicia. Dime ahora si sabes de una sola mujer fea que por ser hermosa no se someta con gusto al tormento de que hablabas... En fin, mi tenacidad vióse coronada por el éxito más completo. La proyección facial seguida

del injerto anatómico y dérmico os cambió á ambos hasta el punto de que si el mismo Jacobo os hubiese encontrado, á Landro ó á tí, no habría dejado de abrir sus brazos, creyendo estrechar en ellos á su hijo, al fin reaparecido. Obtuve, como digo, el resultado inverosímil, pero descontado científicamente, de dotaros del rostro de otro, *de una cara robada* y vuestra sin embargo, puesto que con vosotros debía crecer, modificarse y envejecer, según la ley natural que hubiera producido idénticas transformaciones, en las mismas épocas, en el semblante del condesito, si éste hubiese vivido. Cambiados los rostros, hacíase preciso modificar asimismo vuestros nombres y vuestras almas. Lo primero era fácil; Landro tomó el nombre de Rolando y tú, Neré, el de Renato. Cuanto á lo segundo, no puedo decir que fuese muy afortunada. Bandido por temperamento, tu hermano habíase ya distinguido y héchose conocer con el remoquete de Sed de Sangre; audaz, cruel, sin entrañas, sólo pensaba en crímenes y violaciones. Su banda organizada no podía prescindir de un jefe como él; por eso has debido substituirle tú algunas veces, bien á disgusto tuyo, cuando la presencia de él en la corte era indispensable, una vez obtenidas del Parlamento las letras patentes por las que se os reintegra en vuestros nombres, títulos y bienes, que son, como ya he dicho, los del condesito de Armañac. Recuerdo ahora que precisamente durante una de esas expediciones impuestas por mí, te hirieron en la frente, mi pobre Neré.

El joven suspiró.

— Sí, — dijo — á orillas del Vezéra. Yo debía apoderarme de una joven que llevaba gruesa suma á la gruta de la Magdalena. Nuestro ojeador la conducía é iba ya á caer en poder de nuestros hombres, cuando un caballero... ¿Pero á qué recordar todo eso, madre? El solo dió cuenta de nosotros todos; los menos maltrechos de los nuestros quedaron tuertos.

— Verdad; — exclamó Phtah tomando entre sus manos una rodilla. — Tuertos, como el señor de Maugiron. Estocada es esa poco conocida. ¿Habrás traído la casualidad hasta Paris á esa especie de rayo de la guerra que conocimos en los Ezies, y será ése el adversario contra el que ha luchado tu hermano en el Prado de los Clérigos? Dime, ¿cómo llamaban al que te marcó en la frente?

— Sed de Amor. El pomo de su espada imprimió en mi frente una A; — dijo el joven. La inicial de su nombre sin duda.

— ¡Sed de Amor contra Sed de Sangre! En verdad que es curiosa la coincidencia. Esa semejanza de nombres...

— No es la única que existe entre él y yo; — acabó el joven. — Sabed, madre, que al encontrarme con ese Sed de Amor, se me figuró que combatía contra mi hermano.

— ¿Qué dices? — exclamó Phtah sorprendida. — ¿Es acaso que se parece á Rolando?

— Tanto como yo; y no digo que más porque más es imposible.

Levantóse de un salto la gipsia al oír estas pala-

bras, y púsose á dar vueltas como una leona enjaulada.

— ¡Será posible! — murmuraba entre dientes. — ¿Habré realizado el milagro de enmendar la obra del Creador, para obtener como resultado una cruel derrota? No, no; aunque así sea, lucharé, lucharé hasta el fin.. Y si el hijo de Jacobo vive, tanto peor para él.

Detúvose de pronto algo calmada.

— ¿Por qué no está descorrido el telón metálico? — preguntó convirtiendo los ojos al techo. — A estas horas debe estar iluminado el lago, porque su luz asusta á los indiscretos y los mantiene á distancia.

Neré ó Renato, pues que por ambos nombres respondía, fué á apoyar la mano en una palanca torneada, y el telón metálico, solicitado por la rotación de su soporte, quedó arrollado en pocos segundos.

En el sitio que antes ocupara apareció un espeso bloque de cristal, por encima del que pasaban, en procesión ininterrumpida, peces de dorado vientre, anguilas pardas, rojizos ciprinos, siluros y otros ejemplares de la fauna acuática, pobladora de las fangosas aguas del lago.

Era aquel el instante preciso en que, apeándose al borde de un estanque de negras aguas, el caballero de Arma observaba con asombro que éstas resplandecían de súbito, como si un fuego interior las iluminase.

Satisfecho su deseo, Phtah Mausour reanudó el diálogo.

— Por lo que acabo de explicarte, — dijo — comprenderás que estoy perfectamente decidida á ir hasta el fin. Los asuntos de tu hermano Rolando marchan viento en

popa, y gracias á mí, acordado está su casamiento con Solange de Villanueva-Marsan; casamiento al que no puede oponerse el padre de la niña, por la sencilla razón de que he conseguido que lo asesinen. Esta supresión era necesaria; no sólo para apoderarme de los bienes de esa rica familia si que también para castigarla por haber hecho imposible mi vuelta á Karnak...

— ¡Cómo! — exclamó el joven. — Pues y la niña robada precisamente con ese objeto? ¿Murió también?

— Mejor hubiera sido para ella que muriese. Lo sucedido es que se impresionó de tal modo al verse robada, que perdió el uso de la palabra. Es muda.

— ¡Desgraciada!

— Como ese defecto la incapacitaba para reinar, se la confié á Pedro Mirot, y durante dos años ha servido de lazo de unión entre el marqués y su carcelero; pero como aquél ha muerto, ahora...

— ¿Ahora? — preguntó Neré ansioso.

— Voy á satisfacer mi odio contra esa muñeca que no ha querido poner nada de su parte para vencer su enfermedad.

— ¿Podía acaso hacerlo la pobre muchacha?

— Pensé en hacerla devorar por una loca, — dijo sin contestar la gipsia; — pero creo haber encontrado algo mejor. Como es en realidad muy bonita y está en edad de ser amada, y como por otra parte tú eres el representante, el reemplazante de Sed de Sangre...

— ¡Basta, madre, basta! — gritó Neré. — Tengo miedo de comprenderos.

— Miedo muy fundado por cierto por cuanto has comprendido, — dijo ella implacable.

— ¡Sois el genio del mal!

— Gracias. Tu opinión me lisonjea. Pero vamos al asunto. Glorieta va á venir, y debe ser tuya.

— ¡Jamás!

— No digas tonterías, y espera á haberla visto para rehusar el bocado exquisito que se te ofrece... Mira, ahí la tienes.

El hombre de la linterna llegaba en efecto, acompañado de Glorieta y de Divina.

— Esta se ha empeñado en venir también; — dijo señalando a la loca.

— Está bien; déjala y vete.

Lástima daba ver á la mudita.

Mucho se habían burlado de ella los bandidos desde su llegada al castillo, y á juzgar por el lamentable estado de sus ropas, más de uno debió haberla hecho objeto de criminales tentativas.

Al verla entrar, Renato había lanzado un grito de admiración; luego se cubrió el rostro con las manos. Divina lo miraba fijamente, ferozmente.

— ¿Es ese el ladrón del niño, bruja? — preguntó á Phtah señalándole.

— ¡No, no! — se apresuró á contestar la gipsia. — Al contrario; ese va á vengarle. Mira, mira bien esta muchacha... Ella es la que... Pero detente; — añadió al ver que la demente iba á lanzarse sobre la pobre Glorieta; — ya te la daré más tarde. Antes es preciso que sufra una violencia que ninguna mujer podría imponerle.

Empujando hacia su hijo á la desdichada criatura, añadió :

— Anda Renato; abraza esa virgen y llévatela. Haz de ella tu cosa; te la entrego.

Continuaba el joven ocultando el rostro entre sus manos.

— ¡Jamás! — repitió. — Eso sería una infamia.

Phtah Mansour rugió como una hiena.

— ¡Jamás! ¿Hase visto estúpido semejante? Pero te conozco, y por algo llevas sangre mía en las venas. Como si lo viera, en cuanto te muestre á la niña sin velos, tu carne hablará alto y toda tu sensiblería desaparecerá barrida por el soplo de la sensualidad.

La horrible mujer se detuvo de pronto, no acertando á comprender lo que ocurría, que era algo en verdad inesperado.

Renato había apartado las manos de su cara para escuchar y responder a su madre; y al contemplar su semblante, tan parecido, tan idéntico al de su defensor de dos noches antes, la más infantil alegría habíase señoreado del alma de Glorieta, quien abrió los brazos como si se dispusiera á estrechar en ellos al joven...

Pero el ruido de algo que chocaba contra la bóveda paralizó su movimiento, y fué causa de que se levantasen todas las cabezas para mirar al techo.

Allá arriba, del otro lado del bloque de cristal, veíase distintamente el cuerpo blanco de un nadador desnudo.

— ¡Alerta! — — rugió la gipsia accionando un aparato de alarma destinado á prevenir á las gentes del

castillo para que fuesen ejecutadas las órdenes dadas con anterioridad.

Y mientras que Renato corría el telón metálico accionando la palanca, y Divina se apoderaba con rugidos de alegría de la persona de Glorieta, la puerta recayente á los corredores subterráneos se abrió de pronto llevando hasta las personas allí reunidas, rumores de tumulto.